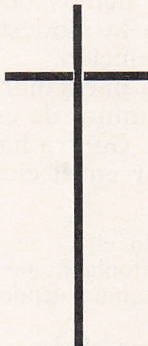


1a

INSTITUTO TEOLOGICO
Santiago de Chile

10 de Julio de 1965



La Comunidad Salesiana del Instituto Teológico "Felipe Rinaldi", de Santiago de Chile, comunica con dolor la muerte del

n. 1049

R. P. ANTONIO GUERRA ROMO

de 88 años de edad, 72 de profesión y 67 de sacerdocio

y pide a todos los Hermanos especiales sufragios por su alma.

Nuestro querido Padre Guerra murió el 10 de mayo p.p., a las 6.20 de la mañana, a causa de una bronco-pulmonía doble que lo tenía postrado en cama hacía poco más de una semana.

Expiró serenamente, después de haber robustecido su espíritu con los Sacramentos de la Iglesia.

Acudieron enseguida a sufragar su alma muchos Hermanos de diferentes Casas de la Inspectoría. La concelebración eucarística del día siguiente fue presidida por S. Em. el Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago, Mons. Raúl Silva H., que había demostrado siempre particular aprecio para con nuestro querido Padre Guerra.

Los funerales fueron celebrados por el R. P. Guido Tento, en representación del Sr. Inspector y del Sr. Director del Instituto Teológico, convocados en Roma para el XIX Capítulo General de nuestra Congregación.

• BOSQUEJO DE SU VIDA SALESIANA.

Nos ha sido un tanto difícil reconstruir su larga vida, por la escasez de documentación y porque el P. Guerra solía ser muy parco, en las conversaciones, acerca de sus anteriores trabajos apostólicos.

Con esfuerzo y paciencia hemos podido ir juntando datos fundamentales, en conformidad con la modesta exigencia de nuestro tipo de comunicación epistolar de defunción.

Lo hemos hecho pensando particularmente en el interés que han de tener en ello los muchos ex-alumnos de este Instituto Teológico, de cuyo fecundo porvenir el querido P. Guerra ha sido constante colaborador en la tierra y es, ahora, protector en el cielo.

Quito.

Antonio Guerra había nacido el 19 de agosto de 1876 en Quito, Ecuador, de los consortes José Guerra y Antonia Romo; el día siguiente, 20 de agosto, fue bautizado en la parroquia de S. Roque, siéndole impuesto el nombre de José Antonio Jesús.

En 1893 lo encontramos como clérigo salesiano en la ciudad de Quito. El año anterior, 1892, había recibido el hábito religioso junto con Elías Maldonado, "conquista halagadora del bondadoso P. Calcagno" (como se lee en el 1er. tomo de "Homenaje del Ecuador a Don Bosco Santo", pág. 40), siendo así una de las primicias vocacionales de los Salesianos en Ecuador. El 19 de junio de ese mismo año de 1892, Antonio Guerra, joven de 16 años, recibía ya una cartita de D. Rúa, contestando probablemente a su primera carta escrita como novicio; en ella D. Rúa le decía en un PS., aludiendo a su apellido: "Esto fortis in bello..."

Según documentos de la historia salesiana del Ecuador la Casa de Quito, construida por el gran presidente García Moreno y llamada "Protectorado Católico", fundada en 1888, "era en aquella época, la primera Escuela de Artes y Oficios de la Congregación; impartía enseñanza técnico-práctica superior, como en una facultad, otorgándose en ella, después de rendir exámenes ante comisiones nombradas por el Gobierno, diplomas oficiales con especiales privilegios sobre cualquier otro. Fue también la primera donde se imprimieron manuales de Artes y Oficios".

La Escuela pertenecía al Gobierno del Ecuador y los Salesianos encargados de ella eran subvencionados por el Fisco, que tenía entre los alumnos de la Escuela muchos pupilos becados.

En 1895 estalló la revolución del General Eloy Alfaro con desastrosas consecuencias para la Iglesia en Ecuador.

Los Salesianos fueron entre los últimos en ser perseguidos, pero la persecución llegó hasta ellos en forma muy dolorosa. El P. Calcagno, primer Inspector del Ecuador, y los Hermanos de Quito en el segundo semestre del año siguiente (1896) fueron expulsados del país, tras una larga y terrible odisea.

Ríobamba.

El acólito Antonio Guerra no estaba ese año en Quito, sino en Ríobamba, Capital de Chimborazo; por lo tanto no formaba parte del famoso grupo de Salesianos guiado por el P. Calcagno. Por lo demás, en ese grupo el único ecuatoriano que quiso a toda costa seguir al P. Calcagno fue el clérigo minorista Víctor Egas, compañero del P. Guerra.

La Escuela de Artes y Oficios de Ríobamba había sido fundada por el P. Fusarini, colega del P. Calcagno y segundo Inspector del Ecuador, el año 1891. La

estrechez del local en los primeros años no permitía un número grande de alumnos. En el mes de agosto de 1895 las tropas de Alfaro, que entraron victoriosas en Ríobamba, convirtieron momentáneamente esa casa en cuartel y los niños forzosamente tuvieron que irse a sus casas. En el mes de octubre se abrió nuevamente la Escuela.

Debe haber sido en este momento crítico de reapertura cuando el acólito Antonio Guerra fue trasladado, después del estallido de la revolución en 1895, desde Quito a Ríobamba.

"El 2 de octubre de 1896, por medio del Gobernador de la Provincia, Sr. D. Pablo Echevarría, se entregaba la orden de salida del Ecuador en plazo de ocho días, también a los Salesianos de Ríobamba". Estos enseguida organizaron buena mente su viaje. "Mientras el P. Fusarini (director) con los demás Salesianos desterrados viajaba hacia Guayaquil para irse después al Perú, llegado al Puente de Chimbo fue detenido por el Teniente Político, quien le obligó a regresar a Ríobamba, por orden del Gobernador, para que diera estricta cuenta de su administración".

El acólito Guerra y los demás Salesianos tuvieron que seguir solos hasta Guayaquil, donde el P. Santinelli había quedado de incógnito por orden del P. Calcagno, para reunir y embarcar hacia el Perú a todos los Salesianos desterrados del País.

Es muy importante notar aquí que para los Salesianos ecuatorianos el destierro fue una decisión personal porque el Gobierno expulsaba sólo a los extranjeros. Así para nuestro P. Guerra la dolorosa salida de su Patria en la joven edad de 20 años es la demostración más concreta de su generosa fidelidad a la Vocación Religiosa Salesiana.

Iquique.

En el año 1897 el acólito Antonio Guerra está en Iquique junto con otros ecuatorianos.

El 15 de enero de ese año había recibido en Lima una carta del P. Calcagno desde Santiago, en que le decía: "pronto recibirás la orden de partir para Iquique; ¡Verás qué lindo lugar!".

En una carta, fechada el 18 de febrero de 1897, del P. Luis Quaini, director fundador de Iquique, en que da cuenta a D. Rúa de la nueva fundación salesiana en Chile, vinculada a la memoria de Don Camilo Ortúzar, se lee: "En un primer momento conviví con el Sr. Obispo, y lo ayudaba en las obras del ministerio sagrado hasta el jueves de la semana pasada, 11 del presente mes, día en que tuve la suerte de abrazar al querido D. Valetto, que llegaba desde Valparaíso, a los dos clérigos, **Guerra** y Mino, y a dos jóvenes aspirantes Jacome y Palacios, ecuatorianos, provenientes de Lima". (Bol. Sal. 1897, pág. 172).

El Vicario Apostólico de Tarapacá, Mons. Guillermo Juan Cáster, los había acogido con inmenso afecto, viendo en ellos la bendición de la Divina Providencia que le hacía posible la realización de uno de sus más grandes anhelos: la fundación de un colegio salesiano en esa pequeña ciudad, que entonces tenía gran auge. Esto lo atestiguaba 50 años más tarde, en 1947, el mismo P. Guerra en Iquique, invitado de honor por el director Don Pablo Ragiabliati al almuerzo que le ofrecieron sus antiguos alumnos con motivo de las bodas de oro del Colegio. ¡Con qué emoción recordaba, después de 50 años, el primer día de clases y el interés con que padres y niños habían acogido la apertura del nuevo establecimiento!

En el mes de marzo de 1898 recibió en Iquique, de manos de Mons. Cáster, las Ordenes Mayores, siendo ordenado sacerdote el 19, fiesta de S. José, a los 22 años de edad. El P. Calcagno, desde la República de El Salvador, felicitaba a su "querido don Antonito" ya sacerdote! La carta de recomendación para las Ordenes Mayores provenía de Mons. Costamagna, entonces Inspector de Chile.

El P. Guerra quedó en Iquique todo ese año y el siguiente: 1898-1899, siendo sustituido en su trabajo, al iniciarse el siglo, por su compañero Víctor Egas, que había acompañado en el destierro al P. Calcagno.

En 1900 el presbítero Antonio Guerra inicia su largo y fecundo trabajo apostólico en el Perú, realizado principalmente en la ciudad de Lima en tres períodos: intercalados con otras obediencias.

Lima (I°).

Desde los 24 a los 34 años de edad el P. Guerra trabaja en la Casa de Lima-Breña como consejero escolar (1900-1903), encargado del Oratorio Festivo y Capellán del Asilo de los ancianos (1904), prefecto (1905), ecónomo (1906), catequista (1907), de nuevo consejero escolar (1908-1909) y confesor (1910).

Durante estos años solía escribir con confianza a los Superiores Mayores, cuyas cartas conservaba con veneración y volvía a leer con emoción aún en los últimos años de su vida.

Frente a las dificultades de su joven edad y de un trabajo agobiador, D. Rúa le escribe en 1901 consolándole: "Gran cosa es ser santamente indiferente por la obediencia en todo lugar". Y en 1907, después de tantos cambios: "No hay rosas sin espinas; por tanto, resignate también tú a soportar las punzadas de estas rosas, que de tanto en tanto te harán sentir también su perfume".

Una de sus preocupaciones, creciente durante estos primeros años de su sacerdocio, fue el deseo de volver a su Patria, donde las condiciones políticas habían mejorado y la Congregación se estaba desarrollando con impulso. No había vuelto nunca al Ecuador después del destierro y sus parientes no habían podido participar aún de las alegrías y servicios de su ministerio sacerdotal.

Parece, además, que durante estos años había fallecido el papá, porque se nota en sus cartas una especial preocupación por la mamá, que se hallaba particularmente necesitada.

En 1907 el Inspector P. Santinelli le comunica que en las próximas vacaciones de verano podrá ir a Quito y le consuela asegurándole que "reza por su óptima mamá".

En febrero de 1908 viaja a su querida ciudad natal de Quito, pero sólo por una corta temporada, pues vuelve luego a atender sus obligaciones de Lima.

Las dificultades no son pocas; el clima no le sienta bien y, sobre todo, el trabajo es agotador y ha sido muy variado por tantos cargos diferentes. A sus filiales confidencias D. Rúa le contesta: "El cambio de ocupaciones que tú me propones como una de las causas de tus dificultades, no debe turbarte... Demuestra la confianza que tienen en ti los superiores..., confían en tu capacidad".

En 1909 se siente muy cansado; hace trámites para volver definitivamente a su patria, cambiando de Inspectoría; pero encuentra la negativa del Inspector. D. Rúa responde a sus confidencias: "Me admira que hayas pasado tantos años fuera de tu patria siempre conforme con la voluntad de Dios. Yo te alabo y te animo, al mismo tiempo, a ser perseverante en tus buenos propósitos y en tu buena voluntad. No me opongo, sin embargo, a que vuelvas a tu patria después de tantos años de vida salesiana y de sacrificios en tierra ajena; pero deseo que te pongas de acuerdo para esto con el Sr. Inspector".

Habiendo resultado difícil ponerse de acuerdo con el Inspector, D. Rúa trata de inculcarle, en otra carta, resignación: "Yo te compadezco y no puedo dejar de compadecer también a tu encomiado Inspector, a pesar del modo un tanto áspero con que te ha tratado". Le agrega que cualquiera que estuviera "en su situación" reaccionaría de la misma manera; además le asegura que es mejor para su personal perseverancia en la vocación no cambiar de inspectoría. El P. Guerra aceptó con docilidad y veneración filial el consejo del muy amado Rector Mayor, sobre

todo al tener que comprobar lamentablemente la defección de algunos compañeros.

A principios de 1911 puede hacer otra visita a su patria en Quito. Poco después vuelve al Perú para seguir trabajando como consejero escolar en la Casa del Callao.

Callao.

En el Callao trabaja como consejero escolar desde 1912 a 1915.

Ríobamba.

En 1916 está trabajando en su antigua casa de Ríobamba, Ecuador, siendo también capellán del Hospital de S. Juan de Dios. Era Inspector de Ecuador, en ese año, el entonces Padre Don Domingo Comín.

Lima (II°).

Desde 1917 a 1922 vuelve a la Casa de Lima-Breña como consejero de los profesionales, y en junio de 1921, encontrándose delicado de salud el P. Juan Piovano, es nombrado vice-párroco en su lugar.

Este segundo período limeño del P. Guerra, entre los 41 y los 46 años, edad de madurez y plenitud sacerdotal, se caracteriza por una especie de segundo noviciado personal, en que profundiza teológicamente su vocación.

No obstante su trabajo pastoral y lo entrado en años, se inscribe entre los alumnos de la Facultad de Teología de la Universidad Mayor de S. Marcos, en Lima, consiguiendo, en 1918, el diploma de bachiller en Teología. En los tres años siguientes (1919-1920-1921) cursa el cuarto, quinto y sexto año de Teología, consiguiendo el 22 de noviembre el diploma de Doctor en Teología, a la edad de 46 años.

El P. Guerra conservó siempre con cariño estos diplomas que le aseguraron una intensidad particularmente sacerdotal en el largo apostolado de sus posteriores años de vida.

Era Inspector del Perú en aquel entonces el P. Salaberry, para quien el P. Guerra tenía tanto afecto, como para quejarse con D. Rinaldi por su traslado en 1923.

Cuzco.

En ese mismo año de 1923 el P. Guerra es nombrado Director de la Casa del Cuzco, cargo que ocupa hasta todo el año 1926.

En este período de directorado el P. Guerra ha desplegado grandes iniciativas de paternidad y de pedagogía. Por los programas de fiestas que él conservaba, por las fotografías y por las cartas recibidas de los ex-alumnos debemos concluir que estos años fueron de gran actividad, no obstante las múltiples dificultades encontradas.

Se mantenía en filiales relaciones con D. Rinaldi, a quien hacía llegar las fotografías de sus niños y hacía partícipe de las vicisitudes de la Casa. En 1925, desde Roma, el Card. Cagliero le enviaba cordiales saludos y le expresaba: "éspero que en ese colegio se conserve el genuino espíritu del Venerable Padre Don Bosco".

Uno de sus sucesores recordaba, entre las obras realizadas en el Cuzco por el P. Guerra, la piscina para los jóvenes del Colegio.

A inicios de 1927 es despedido con cariño y especial agradecimiento por los alumnos y amigos cuzqueños.

Magdalena del Mar.

En los años 1927-1928 es Consejero de la Casa de Magdalena del Mar. Es aquí donde acaricia con mayor intensidad su gran sueño de poder conocer algún día la cuna de esa Congregación a la cual había sacrificado todo lo más querido

de su vida. Halagaba ésta su esperanza el hecho de que se preparaba la beatificación de D. Bosco. Don Candela, en nombre de Don Rinaldi, le escribía el 6 de agosto de 1928 diciéndole que al Rector Mayor le habría agradado verle cumplir ésta su esperanza.

De hecho, su deseo no pudo realizarse entonces; pero el 3 de febrero de 1929 recibía una carta del mismo Don Rinaldi en que le aseguraba que ciertamente realizaría este viaje.

Arequipa.

El 28 de agosto de 1929 el P. Pedemonte, Inspector del Perú desde 1925, escribe al P. Guerra: "Yo le agradezco lo que ha hecho ayudándome con sacrificio a formar sacerdotes. El premio será seguro en el cielo".

Esto nos hace ver cómo ya en Arequipa, y posiblemente también antes, el P. Guerra estaba dedicado (en una época en que no existían aún los Estudiantados Teológicos) a la formación sacerdotal y teológica de los clérigos. En efecto, en una carta de ese año al Rector Mayor, cuyo borrador conservaba, decía que, por disposición del Sr. Inspector, P. Pedemonte, estaba atendiendo a los estudiantes de teología.

Lima (IIIº)

Desde 1930 a 1935 vuelve por tercera y última vez a la Casa de Lima en calidad de Consejero.

De hecho, este tercer período limeño, está dedicado a la formación de los futuros sacerdotes de la Inspectoría peruana reunidos en la Casa de Lima-Breña.

Emplea algunos meses del año 1931 para realizar finalmente su ansiado viaje a Turín. A las razones de amor hacia la Cuna de la Congregación se agregaba la conveniencia de visitar la Crocetta y recoger orientaciones para desempeñarse mejor en la formación de los estudiantes de Teología. En efecto, su diario de viaje trae horarios, textos, profesores y modalidades de vida del Teologado Central.

Vuelto a Lima se entrega de lleno, en los años 1932-1933 y 1934 a la formación de los estudiantes de Teología de la Inspectoría peruana.

En un Cuaderno-Decuria bien conservado tiene la nómina de los estudiantes peruanos de entonces con sus notas mensuales y los exámenes semestrales y finales; en 1932, 10 estudiantes, en 1933, 12, y en 1934, 16.

En una libreta de apuntes personales leemos con fecha del 1º de marzo de 1934: "Hablé con el P. Inspector (que entonces era el P. Reyneri). Se resolvió que por este año siguiera atendiendo a los teólogos en las clases de Dogmática, Sagrada Escritura y Derecho Canónico. Además se estableció que yo cuidara de los teólogos de un modo directo.

Terminado el presente año escolar iría yo con el P. Inspector a Italia; esta determinación fue hecha por el P. Inspector como cosa sagrada".

Este segundo viaje a Italia se realizó de hecho en abril de 1935. Según testimonio del P. Manuel Acuña, su estimado ex-alumno y querido amigo, la razón del viaje era el poder concluir su vida (se acercaba entonces a los 60 años) en la tierra santificada por los sudores de D. Bosco, ya Santo, y de tantos Superiores muy apreciados y muy queridos por su corazón filial.

En este segundo viaje a Italia el P. Guerra pasó unos meses en la Casa Generalicia de las Hijas de María Auxiliadora, de la cual conservaba gratos recuerdos.

Pero Dios dispone de él para una nueva misión.

En octubre de ese año los Superiores lo envían otra vez a América con destino a Santiago de Chile, donde se va a dar inicio a un nuevo Estudiantado Teológico Internacional en La Cisterna.

Santiago.

1935-1965. En noviembre de 1935 el P. Guerra llega a Valparaíso con un grupo de jóvenes Salesianos, entre los cuales estaba nuestro inolvidable Don Livio Morra.

El 13 de diciembre de ese año predica los Ejercicios Espirituales en la Gratitude Nacional y al siguiente mes de enero en Macul.

En marzo de 1936 forma parte del cuerpo de profesores y superiores con que se inicia la actividad del nuevo Instituto Teológico de La Cisterna. Hasta ese año los estudiantes de Teología de la Inspectoría de Santiago se habían reunido, primero (1929) en la Casa de Macul y después (1930-1935) en la Gratitude Nacional.

La fundación de La Cisterna dio una posibilidad de estructura definitiva al Estudiantado. En ella estuvo el P. Guerra desde el primer mes en calidad de confesor, profesor de Historia Eclesiástica, Oratoria Sagrada, Patristica y Sagradas Ceremonias. Pocos años después deja la docencia para continuar en su tarea de Confesor del Instituto y Capellán y Profesor de Religión en el Noviciado de las Hijas de María Auxiliadora.

Permanece en La Cisterna hasta inicios del año 1962, cuando el Instituto Teológico se traslada a su nueva sede de La Florida.

Durante los 25 años de permanencia en La Cisterna el P. Guerra realiza con fidelidad su trabajo de dirección espiritual; cada 13 de junio, fiesta de S. Antonio, es una ocasión de reconocimiento y agradecimiento general y cariñoso de sus méritos. En ese período son memorables dos fechas: 18-19 de marzo de 1948 en que se celebran solemnemente sus bodas de oro sacerdotales, y 18-19 de marzo de 1958 en que se celebran sus bodas de diamante. En esta última oportunidad resultó inesperada y grata la llegada del entonces Senador y hoy Presidente de la República, D. Eduardo Frei Montalva, quien, como Parlamentario chileno, rindió un cálido homenaje a la labor sacerdotal americana del P. Guerra.

Durante estos años de La Cisterna se fue construyendo con la tesonera labor del entonces P. Raúl Silva H., el templo nacional dedicado a S. Juan Bosco. Pues bien: el P. Guerra tuvo la paciencia de relatar, día tras día, en 8 cuadernos todo el diario de la construcción.

A fines de febrero de 1962 el P. Guerra fue uno de los primeros Superiores del Instituto Teológico que se trasladó desde La Cisterna a La Florida, casi para reconfirmar su peculiar cualidad de Socio-Fundador de la Casa.

• SU FIGURA RELIGIOSA.

La figura del P. Guerra es conocida y amada por tantas generaciones de Salesianos que prepararon su sacerdocio en este Instituto Teológico Interinspeccional. Pero es conocida prácticamente sólo a través de su larga ancianidad.

Considerando principalmente este período, quisiéramos hacer unas cortas reflexiones.

El P. Guerra fue Socio-Fundador de nuestro Instituto Teológico de Santiago a los 60 años, edad que ya implica la realización de toda una vida; y trabajó en él por otros 30 años más. Su presencia activa entre nosotros desde los 60 a los 89 años casi cumplidos nos hace meditar, jun-

to a su tumba, en la herencia y en las lecciones de una ancianidad ejemplar.

Al lado de él hemos podido percibir que la vejez puede ser una "misión" en la Comunidad. Cuando la vejez es auténticamente cristiana merece una especial atención de parte de los más jóvenes, porque Dios habla a través de ella a las nuevas generaciones.

Dos elementos, en particular, contribuyen a hacer de la ancianidad cristiana una cátedra de orientación para los jóvenes.

—El *Primero* es que la Vida Bautismal está en crecimiento en cada corazón hasta la muerte, alcanzando normalmente su mayor desarrollo en la edad más avanzada, que debiera ser así la edad de la Fe más concreta, de la Esperanza más confiada, de la más desinteresada Caridad.

—El *Segundo* es que la presencia de la muerte en la conciencia del anciano creyente contribuye más saludablemente a dar a la existencia sus verdaderas dimensiones, a dar a la persona el sentido definitivo de su testimonio concreto para el Reino de Dios y a dar a la vida misma el gusto amargo de su más valiosa expresión en el sacrificio supremo de sí.

Podemos afirmar que la ancianidad del P. Guerra ha sido profundamente aleccionadora y que ha desempeñado entre nosotros una verdadera "misión": misión de sabiduría religiosa, misión de testimonio, misión de intercesión y misión de signo.

Misión de Sabiduría Religiosa.

El P. Guerra conservó durante toda su ancianidad una especial lucidez de mente y un trato culto y delicado; esto le sirvió para poder comunicar diariamente, en forma consciente y válida, su juicio personal definitivo acerca de los valores de la vida religiosa sacerdotal. Este su juicio de sabiduría era claramente perceptible a través de las actitudes, las apreciaciones y la conducta, que eran manifestaciones de una verdadera seguridad interior: se veía en él que el Bautismo y la Profesión Religiosa habían resuelto íntimamente el sentido de su existencia; que la consagración de los votos respondía satisfactoriamente a los anhelos de su corazón y que la perseverancia en la vocación sacerdotal era prenda de salvación.

No asomaba en su vejez la angustia de la incertidumbre y la desilusión de la vida; su corazón se mostraba firmemente anclado en la roca de la Congregación.

Si a los 20 años el amor a su vocación religiosa le había impulsado a elegir generosamente el destierro, si a lo largo de toda su vida lo había capacitado a trabajar sacrificadamente lejos de su Patria, en su serena ancianidad ese mismo amor lo llevaba a ser maestro fidedigno y cotidianamente penetrante de las riquezas sobrenaturales concretas de la vida salesiana.

Tiene más contenido de convicción la enseñanza de una vida que el ardor de una conferencia.

Además de esta lección general de reconocimiento de las grandezas maternas de la Congregación para con sus miembros, dictada cotidianamente con la vida, se pueden indicar también otras luces de sabiduría religiosa en la convivencia con el P. Guerra. Entre ellas podríamos subrayar, en una edad en la cual es fácil prescindir de las pequeñas cosas y considerar en menos el criterio de los Superiores mucho más jóvenes, su extraordinaria fidelidad a las observancias cotidianas y su respeto y veneración, manifestados con visible deferencia, hacia sus directos Superiores.

Admirable era su pobreza: no tenía en su cuarto más que la ropa indispensable y sus manuscritos. También era una muy especial lección de sabiduría religiosa su aceptación tranquila de los achaques de la edad; los aceptaba con naturalidad, como el preludio normal de la aceleración de la vuelta al seno de Dios Padre, como quien pasa por el Purgatorio con la serena convicción de que ése es el único camino que lleva al cielo.

Misión de testimonio.

Un anciano podría ser simplemente una reliquia de otra época. El P. Guerra, en cambio, era el testigo entre nosotros de una Tradición viva. La conciencia de la cercanía de la muerte debía, sin duda, hacerle percibir la caducidad de ciertos estilos de vida, porque la muerte siempre abre paso a nuevas generaciones y a nuevas formas de ser. Por eso mismo su conciencia se dirigía más tenazmente hacia los valores perennes y le hacía dar especial testimonio de ellos para que permanecieran intactos bajo las nuevas formas. Así lo hemos visto preocupado por la herencia de nuestra Tradición Salesiana: el servicio a la Iglesia, la preocupación constante por el triunfo de Cristo en el mundo, el amor a la juventud, el espíritu de familia, el amor y respeto a la vida de comunidad, la veneración verdaderamente filial para con los Superiores Mayores, la delicadeza, la consagración al ministerio de las confesiones, la devoción a María Sma., la adhesión al Papa.

Además daba particular testimonio de los valores de la Fe. Un pensador moderno escribe: "El hombre que envejece adquiere especial conciencia de lo eterno. Se agita menos y percibe mejor las voces del más allá. La cercanía de la eternidad hace palidecer la variabilidad del tiempo". Así el P. Guerra, sobre todo en estos últimos años de acelerada renovación, era entre nosotros un testigo de las grandes realidades que las generaciones más jóvenes deben saber asimilar, amar y entregar a otras generaciones, posiblemente bajo nuevas formas, pero evitando caer en el peligro simplista de identificar lo valioso con lo novedoso.

Misión de intercesión.

El P. Guerra era hombre de oración.

En los Ejercicios Espirituales de preparación a su ordenación sacerdotal había escrito: "¡Ah, Señor! Egenus et pauper sum; adiuva me. . .

Domine doce me orare! ¡No sé orar! Señor, enséñame Tú. Yo pondré de mi parte todo cuidado, Tú suplirás lo que me falta. Sin Ti nada puedo hacer para el cielo. ¡Ayúdame! Dame, Señor, la humildad necesaria para la oración; porque la oración del humilde penetra los cielos y sube hasta el Trono del Altísimo". Lo veíamos dedicado a la oración todos los días; demostraba para con lo que fuera expresión de contacto con Dios un sentido sagrado que le hacía revestir todas las prácticas de piedad, aún las personales, con cierta dignidad y solemnidad, casi con un aspecto hierático, que se le veía también cuando rezaba el Santo Rosario paseándose solo por los corredores, y que le hacía distinguir el Domingo de los demás días hasta con el cambio de los anteojos, pues tenía un par reservado para los días del Señor.

Rezaba por tantos sacerdotes formados en esta Casa, cuyo recuerdo permanecía en su memoria con un afecto y una simpatía que exteriorizaba con espontaneidad cada vez que le era dado encontrarse con alguno de ellos de paso por el Instituto.

La intercesión sacerdotal y paternal que ejercitaba, sobre todo, a través de la oración, le hacía volverse bueno y paciente con aquellos jóvenes que lo hubieran molestado con algunas de sus actitudes o ligerezas; la bondad, sin embargo, no le eximía de preocuparse por su corrección si se tratara de algo que, a su juicio, fuera realmente inconveniente para un futuro sacerdote.

Misión de signo.

El P. Guerra, ecuatoriano, debió abandonar su patria, expulsado por ser religioso, el siglo pasado. Vino a Iquique donde fue ordenado sacerdote; pasó al Perú, donde trabajó largos años, con breve interrupción en Ecuador; y por fin volvió nuevamente a Chile, en un Instituto Teológico Internacional, donde colaboró en la formación de sacerdotes chilenos, peruanos, ecuatorianos, bolivianos, uruguayos, argentinos, brasileños, colombianos, y europeos incorporados a América Latina.

Pertenece a aquella generación de esforzados Salesianos que se han preocupado intensamente de la formación de nuestros sacerdotes desde antes que empezaran a existir los estudiantados. En esta labor se empeñó durante la mitad de su vida religiosa.

La trayectoria de ésta su vida se ha vuelto así como un signo augural y eficaz de la integración cristiana de toda América Latina, para la cual se han estado formando los futuros levitas que vivían a su lado asimilando su fidelidad a la Congregación y su amor a la Iglesia en favor de la juventud necesitada de Latino-América, más allá de las vinculaciones nacionales de cada grupo.

Queridos Hermanos, esta rápida visión de la larga vida del R. P. Antonio Guerra y las pocas reflexiones que sobre ella nos hemos permitido hacer, sirvan para suscitar un creciente amor filial hacia nuestra Congregación en la Santa Iglesia, para ampliar nuestra capacidad de aprovechar las lecciones que Dios nos da cotidianamente a través de la vida de tantos Hermanos nuestros en religión, y para mantener siempre vivo entre nosotros el recuerdo y la gratitud hacia el inolvidable P. Antonio Guerra Romo para cuya alma volvemos a pedir abundantes sufragios.

Con afecto en Cristo,

Egidio Viganó C.,
Director.



